



WEST 70 285 South
TRUCK ROUTE
Portales
Ruidoso
EXIT 25 MPH

JAVIER SIERRA INDAGA NUEVAMENTE EN EL CASO OVNI MÁS IMPORTANTE DE LA HISTORIA

ROSWELL

UNA VERDAD INCÓMODA

POCOS RECUERDAN YA QUE MI PRIMER LIBRO ESTUVO DEDICADO A LOS OVNIS. NO ES UNA OBRA QUE SE HAYA TRADUCIDO A OTROS IDIOMAS Y NUNCA HA OCUPADO UN LUGAR EN LAS LISTAS DE *BEST SELLERS*. AQUEL FUE UN TRABAJO DE CAMPO. UNA INVESTIGACIÓN *IN SITU* DEL CASO OVNI MÁS SORPRENDENTE DE LA HISTORIA: EL «INCIDENTE DE ROSWELL». AHORA CUMPLE 25 AÑOS Y YO ACABO DE REGRESAR AL LUGAR DE LOS HECHOS. LO QUE HE VISTO, DESCUBIERTO Y SENTIDO LO CUENTO EN ESTAS LÍNEAS.

TEXTO Y FOTOS: JAVIER SIERRA



La palabra nostalgia esconde una curiosa historia. Fue inventada por un médico suizo en la primera mitad del siglo XVII para definir el estado de ánimo de algunos de sus pacientes. Aquel galeno unió el término griego *nostos* (regreso) con *algos* (dolor) y creó una definición exacta de lo que implica mirar atrás. Y es que, si se hace con intensidad, volver la vista al pasado siempre te lacera el alma. De hecho, eso es exactamente lo que acaba de sucederme.

El pasado mes de julio, en mitad del estricto plan de rodajes internacionales de la segunda temporada de la serie *Otros Mundos* (que en marzo estrenará Movistar+), regresé a Roswell, Nuevo México. Esta población de apenas 50.000 habitantes es hoy célebre por una historia de la posguerra que implicó a un granjero, a un platillo volante caído del cielo y a un destacamento de bombarderos nucleares blindado por el secreto militar. Cuando la visité por primera vez en mayo de 1991 yo aún no había cumplido veinte años y nadie allí parecía interesado en hablar de OVNI con un joven periodista extranjero. O casi nadie.

Acudí a ese remoto rincón de EE UU porque dos novísimos amigos que entonces me doblaban en edad –Antonio Huneus (chileno, 41 años) y Roberto Pinotti (italiano, 47)– se animaron a compartir conmigo las más de diez horas de coche que separaban Tucson de Roswell. Los tres acabábamos de conocernos entre las bambalinas del *First World UFO Congress* que esos días se celebraba en Arizona. Antonio y Roberto habían dado ya sus conferencias y estaban horrorizados con el ambiente del evento. Muchos ponentes parecían venidos de otro planeta. Por allí merodeaba Omec Onec, una supuesta venusina rubia y de ojos azules que se pavoneaba por el estrado vestida de seda. Y hasta una cosmonauta soviética, Marina Popovich, que lo más cerca que había estado del espacio fue cuando se casó con Pável Popovich, el cuarto ruso en

alcanzar la órbita terrestre. Yo, que había acudido a Norteamérica como secretario del escritor y ufólogo catalán Antonio Ribera, observaba también aquella fauna con indisimulada displicencia. Parecían charlatanes huidos de un circo de *freaks* y no auguraban nada bueno. Ribera me dio entonces su bendición para acercarme a curiosear la historia del platillo de Roswell y regresar en 72 horas al hotel del congreso para emprender juntos el vuelo a casa. «Mantén los ojos muy abiertos», me dijo pesaroso por no poder sumarse; sus ancianas piernas no se lo iban a permitir. Y me animó a que propusiera a Pinotti y Huneus que se unieran a mi escapada.

MATERIALES DE OTRO MUNDO

En 1991 solo los más entregados lectores de literatura «extraterrestre» intuían la importancia exacta que tenía Roswell. Once años antes un libro de Charles Berlitz y William Moore había rescatado la historia de Jesse Marcel, un oficial de inteligencia que en 1947 recibió la orden de recuperar los restos de una aeronave caída sobre los pastos de un granjero llamado William McBrazel. En *El Incidente* (1980) quedaba



Javier Sierra en el Hangar 84, durante su primera visita a Roswell en 1991. En dicha instalación militar permanecieron los restos del objeto volador estrellado. A la derecha, el general Roger Ramey con los restos del aparato siniestrado. Abajo, el autor del reportaje con Walter Haut en 1991 (foto: Roberto Pinotti).





**GENERAL
ROGER RAMEY**



El militar y el rancho localizaron en el lugar del impacto cientos de extrañas láminas con inscripciones en un idioma nunca antes visto

claro que el rancho de McBrazel estaba en medio de ninguna parte, en el corazón de los infinitos campos del sur de Nuevo México, en un paraje de difícil acceso. Marcel y un compañero suyo llamado Sheridan Cavitt localizaron el lugar del accidente, recogieron cientos de extrañas láminas de «papel de plata» y fragmentos con inscripciones escritas en un idioma jamás visto, y las trasladaron a los hangares de su escuadrón. Aquel tormentoso verano del 47 la prensa llevaba solo una semana hablando de «platillos volantes», así que los responsables del *Roswell Army Air Field*, incapaces de identificar esos restos con nada conocido, concluyeron que habían dado con «uno de ellos» (sic) y decidieron dar publicidad al hallazgo.

Lo que no se esperaban fue que, solo unas horas más tarde, Marcel, su compañero y sus superiores fueran obligados a desdecirse y a admitir que todo aquello había sido una lamentable confusión. Para entonces el

periódico local, el *Roswell Daily Record*, ya había dedicado su portada al accidente, la *Associated Press* había distribuido la noticia por medio mundo y las emisoras de radio del país no cesaban de parlotear sobre esta historia. El general Roger Ramey —máximo responsable de la Octava Fuerza Aérea de la región— convocó entonces una rueda de prensa en Dallas, a más de ocho horas de autopista de Roswell, y se las apañó para convencer a los periodistas de que sus oficiales de inteligencia habían sido tan torpes como para confundir un vulgar globo de sondeo meteorológico con una nave de otro planeta.

Corrían, naturalmente, otros tiempos. Los galones gozaban de una reputación intachable. Habían ganado la Segunda Guerra Mundial probando la primera bomba atómica muy cerca de allí, y si un «pez gordo» con estrellas en el hombro decía que aquello era un globo, no podía ser otra cosa que un globo. Aunque Marcel, claro, no se quedó conforme. El suceso

empañoó su reputación y tuvo que esperar tres décadas para desquitarse contando a Berlitz y a Moore su verdad: que los restos que recuperó en las tierras de McBrazel no eran los de un aerostato del servicio meteorológico y que el accidente que él investigó puso en marcha una política militar de encubrimiento del fenómeno OVNI que perdura hasta hoy.

LOS ÚLTIMOS TESTIGOS

El testimonio de Marcel dio sentido a algunas cosas. Por ejemplo, a lo ocurrido en 1948 con el *Proyecto Signo*, una iniciativa militar secreta que trató de despejar la «x» que pesaba sobre el origen de los «platillos volantes» y que concluyó que estos eran, sin duda, aparatos fabricados por una civilización extraterrestre. Cuando su informe final, titulado *Estimate of the Situation*, llegó a manos del general Hoyt S. Vandenberg, desató una auténtica tempestad. Vandenberg, héroe de guerra, responsable de la Fuerza Aérea de EE UU y de sus Servicios de Inteligencia, consideró inaceptables las conclusiones y ordenó que se destruyeran todas y cada una de las copias de ese documento. Después destituyó a sus redactores y activó un nuevo proyecto al que puso el nombre clave de *Grudge* (Resentimiento). Su intención de desacreditar la «hipótesis extraterrestre» se mantuvo hasta el final de los días del proyecto *Libro Azul*, heredero de ambas iniciativas. ¿Deslegitimó Vandenberg el *Estimate of the Situation* para llevar a los «platillos» —y en especial a lo que se estaba ocultando desde el incidente de Roswell— a un nuevo nivel de secreto? Hoy parece lo más plausible.

En 1991 llegué a Roswell convencido de que aquellos lejanos días de la posguerra escondían la clave para interpretar el misterio de los «platillos», y junto a Huneeus y Pinotti nos coordinamos para localizar a cuantos testigos vivos quedaran del caso. La tarea fue ardua. Jesse Marcel había fallecido. El granjero McBrazel y el general Ramey también. En



Junto a los ufólogos Antonio Huneeus y Roberto Pinotti, me coordiné para llevar a cabo la ardua **tarea de localizar a cuantos testigos vivos quedaran del caso Roswell**



De izquierda a derecha, el chileno Antonio Huneeus, el italiano Roberto Pinotti y Javier Sierra en Roswell. Corría el año 1991 y los tres investigadores unieron sus fuerzas para investigar el caso Roswell.

1991 no existía internet. La herramienta más parecida para intentar encontrar a alguien era el listín telefónico o la cantina del pueblo. Y tras peinar las *Páginas Blancas* de Roswell y sus locales populares en busca de los apellidos más repetidos en *El Incidente*, dimos al fin con uno prometedor: Walter M. Haut. Vivía en la calle West 17th. En 1947 había sido el teniente responsable de la oficina de relaciones públicas de la base y el encargado de redactar la nota de prensa que reconocía la captura del «disco volante». Y también el ulterior desmentido.

Decidimos acudir a su domicilio sin avisar. El viejo oficial nos recibió muy amable, intrigado porque tres extranjeros hubieran hecho un viaje tan largo solo para hablar con él. Nos sentó en su porche, nos invitó a limonada, y accedió a contarnos tranquilamente su versión de la historia. «Yo nunca vi el platillo», nos dijo. «Todo lo que hice fue redactar el comunicado de prensa que expuso lo ocurrido. Fue una cosa bastante insignificante». Pinotti, Huneeus y yo, algo frustrados, insistimos.

«Entonces, ¿no vio usted ningún cadáver de la tripulación del OVNI?». «No». «¿Y qué piensa de otros testigos que sí dijeron haber visto esos cuerpos?». «Nada». Recuerdo que le repreguntamos varias veces todo, sin éxito. Queríamos saber si aquel suceso había sido o no algo tan extraordinario como se deducía del libro de Berlitz y Moore, pero lo único que sacamos en claro fue que el trabajo de Marcel y Cavitt armó un considerable revuelo en la única base del mundo que en 1947 almacenaba bombas atómicas en sus hangares. «Fue algo del espacio exterior», nos concedió al fin, evocando las impresiones de su viejo amigo Jesse Marcel. Pero esa fue la única fractura en su discurso. «Lo del OVNI no me interesa demasiado».

Haut, sin embargo, no fue sincero con nosotros. Lo sabríamos un año después. En 1992, el viejo teniente y algunos socios más —entre ellos, el antiguo asistente de la funeraria de Roswell al que los militares habían pedido en los días del incidente ataúdes de niños herméticos cuando en la



JESSE MARCEL

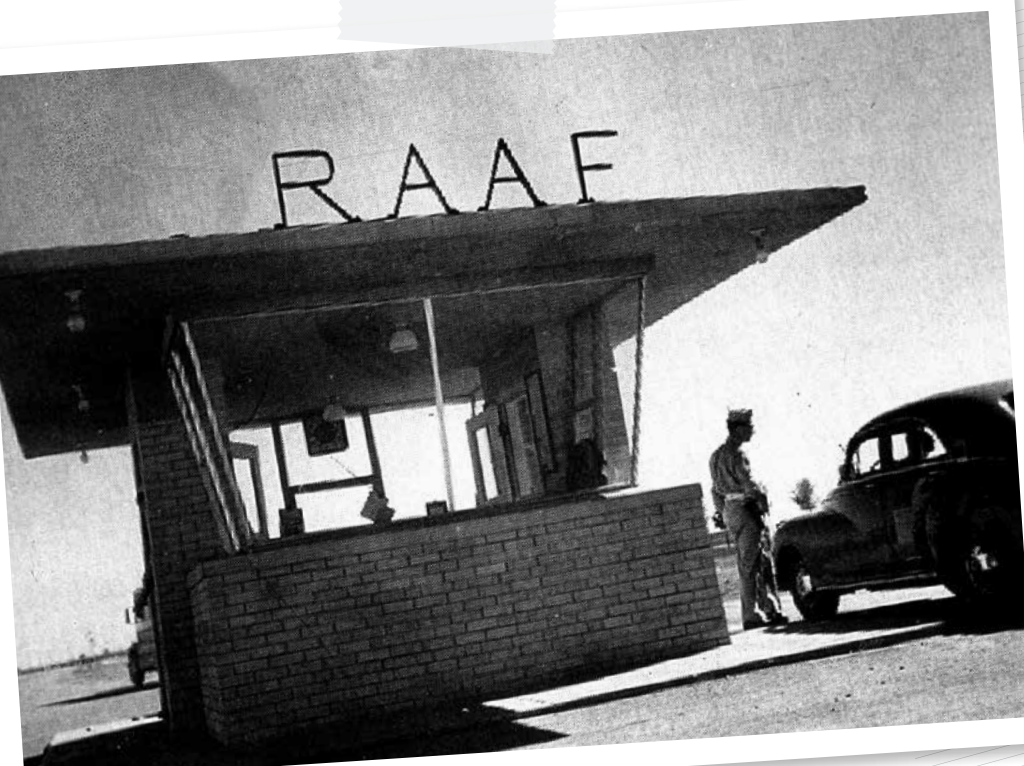
es el militar que recibió la orden de recuperar los restos del OVNI accidentado. Izda., noticia sobre la captura del platillo volante. Abajo, entrada a la Base de Roswell.

base no los había—, inauguraron un sencillo *UFO Museum* en un cine abandonado de la ciudad. De pronto, los últimos supervivientes del caso se aliaron para recuperar la memoria de los hechos reivindicando que tras el «globo caído» se escondía algo mucho más grande. Quizá confiaban en que al cumplirse los cincuenta años del accidente —eso iba a suceder en 1997—, la Administración norteamericana desclasificaría los «archivos Roswell» y pondría todo en su sitio. Reivindicaría la historia. Su historia. Pero, como pasa en las mejores intrigas, aquel escenario estaba a punto de dar un giro inesperado.

ENCUBRIMIENTO

En 1995, dos años antes de la anhelada liberación de los papeles secretos, se presentó en Londres y en la República de San Marino un documento tan sensacional como inesperado: noventa minutos de película supuestamente rodada en 8mm, en los que podía verse cómo unos hombres en trajes NBQ (Nuclear, Biológico y Químico) practicaban la autopsia al cadáver de una criatura humanoide de gran cabeza, vientre abultado y seis dedos en manos y pies. «El ser de Roswell» se convirtió en la sensación de aquel verano. Pinotti y yo fuimos de los primeros en contemplar el documento en San Marino en mayo, y para cuando las imágenes llegaron a las televisiones a mediados de agosto, nosotros ya habíamos mostrado nuestras dudas de que la filmación perteneciera a los presuntos tripulantes del OVNI caído en el rancho de McBrazel. El debate, no obstante, se desentendió de semejante sutileza y la prensa de todo el mundo vinculó aquella filmación a la historia que ambos habíamos perseguido tiempo atrás en Nuevo México.

Ese mismo año, con las discusiones sobre la película en su punto álgido, la Fuerza Aérea de EE UU dio un paso al frente. Pero tampoco fue como Haut y sus socios del Museo esperaban. En un informe de casi mil páginas impreso en Washington DC, volvieron a defender que lo que



se recuperó en Roswell fueron los restos de un globo sonda. Pero no uno convencional. Se trataba –afirmaron– de una cola de papel de plata con reflectores de radar adherida a un globo meteorológico que formaba parte de un proyecto ultrasecreto llamado *Mogul*. Su misión fue, al parecer, situar en la alta atmósfera un micrófono de alta sensibilidad que captara el eco de eventuales pruebas nucleares soviéticas y que, a la vez, pudiera ser rastreado desde el suelo.

Por supuesto, su explicación no terminó de convencer a nadie. De hecho, era una versión ampliada de la que el general Ramey dio en 1947. «¿Y los cuerpos que algunos testigos dijeron haber visto en Roswell?», les preguntaron enseguida los periodistas. «¿Y los ataúdes de niños que pidieron a la funeraria Ballard?». Los militares decidieron darse un tiempo más para responder a preguntas como esas y en junio de 1997, el mismo día del aniversario de los «platillos volantes» y a una semana vista de los 50 años del accidente de Roswell, presentaron en el Pentágono un segundo informe. Éste era mucho más escueto que el anterior, y en él

argumentaban que esos cuerpos fueron, en realidad, muñecos de prueba utilizados en tests aeronáuticos y malinterpretados por la memoria de los testigos. Esos *dummies* se lanzaron en ciertas cantidades sobre los desiertos cercanos a Roswell induciendo a creer en cadáveres de alienígenas, dijeron.

Las polémicas que se encadenaron en aquellos meses terminarían generando un «efecto secundario» muy particular. En mitad de la oleada de titulares internacionales sobre Roswell –entre ellos varias portadas míticas de AÑO/CERO–, la cadena Fox estrenó en EE UU la serie de televisión *Expediente X*. Era la historia de dos agentes federales que investigaban sucesos extraños y que se las tenían que ver con un Gobierno que ocultaba pruebas de visitas extraterrestres a la Tierra. Roswell era su gran tema de fondo. El argumento prendió de inmediato en la imaginación del público. De hecho, al año siguiente, mientras el Pentágono se esforzaba por despejar las dudas sobre el caso, Roland Emmerich estrenaba *Independence Day*, un espectacular *blockbuster* en el que el presidente de EE UU

salvaba al planeta de una invasión extraterrestre gracias a la tecnología del OVNI capturado en Nuevo México y escondido durante décadas en una instalación secreta de Nevada conocida con el nombre clave de Área 51.

De pronto, términos que hasta entonces solo circulaban en labios de expertos como Pinotti, Ribera o Huneus, se convirtieron en algo de uso común. Acababa de nacer una nueva mitología y sus efectos pronto se dejarían sentir en el propio pueblo de Roswell. El videoclub en el que adquirí mis primeros y modestos suvenires del incidente de 1947, y en donde Huneus, Pinotti y yo nos hicimos la «foto oficial» de nuestro viaje de 1991, había desaparecido. El Museo de Haut había ocupado su lugar en la Main Street de la ciudad, no lejos del ayuntamiento, y acababa de incorporar a su colección de fotos, recortes de prensa de la época y dioramas más o menos acertados, así como uno de los «muñecos de pruebas» de los que hablaba el Ejército en esos días. Flotaba cierta excitación en el ambiente. Los responsables del que llamaban ya *International UFO Museum & Research Cen-*

LA REVISTA AÑO/CERO



LA PORTADA DEDICADA A LA FILMACIÓN DE LA SUPUESTA AUTOPSIA A UNO DE LOS CUERPOS ALIENÍGENAS RECUPERADOS EN ROSWELL ES, SIN DUDA, LA MÁS POPULAR DE TODAS LAS PUBLICADAS EN AÑO/CERO.



Sobre estas líneas, placa en el *Roswell UFO Museum* de los donantes a esa institución de materiales sobre el caso. Uno de ellos es Javier Sierra (dcha., durante su último viaje a Roswell).





De izquierda a derecha, Don Schmitt, Javier Sierra y Roberto Pinotti en el lugar del impacto del OVNI. Schmitt está convencido de que el Ejército ocultó y sigue ocultando lo ocurrido realmente.

La ciudad, antaño apática con la historia del platillo volante, había colocado uno con luces de colores **sobre los modestos postes de bienvenida**



ter llevaban dos años organizando un modesto congreso sobre el caso en sus instalaciones, aunque allí los ciudadanos todavía pensaban que «lo del OVNI» era un cuento para incautos.

LA CAPITAL DE LOS OVNIS

Todo eso ha terminado por transformarse en 2019. Y mucho. El pasado mes de julio hice mi tercer viaje a Roswell. Ha sido el más largo de los tres. Después de haber publicado en diciembre de 1995 un libro sobre la cuestión (*Roswell, Secreto de Estado*) y de cerrar el *Club de Expediente X*, en mi fuero interno daba el asunto por zanjado. Pero la vida es imprevisible y algo me obligó a volver. Sí. La nostalgia. Tras el éxito de la primera temporada de *Otros Mundos*, emitida en las navidades de 2017 en *Movistar+*, decidí incluir en mis planes para

la segunda serie un capítulo sobre Roswell. Llamé a Roberto Pinotti para replicar nuestro viaje de 1991, y aceptó. Localizar a Antonio Huneus fue más difícil. Le escribí varias veces a su última dirección conocida en Texas, pero jamás respondió a mis requerimientos. Decidí, pues, organizar el nuevo salto a Nuevo México sin él y hacerlo coincidir con el aniversario del incidente y con el rutilante *Festival OVNI* que, me dijeron, organizaba la ciudad desde hacía unos años. Un evento heredero de aquel tímido congreso de finales de los noventa.

Lo que encontré fue una sorpresa. La ciudad, antaño apática con la historia del platillo, había colocado uno plateado, con luces de colores, sobre sus modernos postes de bienvenida a la ciudad. Por si fuera poco, habían incorporado otro al nuevo logo del ayuntamiento, acompañándolo de un lema bien explícito: *Believe*. Cree. E incluso habían diseñado toda una campaña de imagen exterior con alienígenas de por medio, que se repetía una y otra vez en las pantallas de su pequeño aeropuerto. Pero eso no era todo. Pinotti y yo caminamos estupefactos durante tres días por una Main Street literalmente tomada por alienígenas. Los había en los puestos de helados, en camisetas, en las *alien burgers* y quesadillas de restaurantes de moda como *Farley's* o el *Cowboy Café*, en tiendas de manicura, gimnasios, escaparates de ropa y hasta en las farolas del alumbrado público. Y en el centro de todo ello, una selección de conciertos de música *country*, *pop* y mexicana, en la que los artistas daban la bienvenida a los «visitantes del espacio exterior» desde el escenario.

El corazón de tanta actividad era, claro, el *UFO Museum* que fundó Haut. Bajo su marquesina, una escultura en bronce dedicada al granjero MacBrazel nos dio la bienvenida. Enseguida nos dimos cuenta de que «lo del OVNI» había dejado de ser un recuerdo marginal en la ciudad para



convertirse –salvando distancias cósmicas– en lo que el Museo del Prado es hoy para Madrid: su alma cultural. El *UFO Museum* no ha mejorado demasiado sus dioramas desde que los vi por primera vez en 1997. Los ha mantenido todos, incorporado un Gort a tamaño natural sacado del filme de Robert Wise *Ultimátum a la Tierra* (1951) al que se le ilumina el visor y todo. Y otro más hortera en el que un platillo con aspecto de sombrilla gira sobre sí mismo por encima de un grupo de «grises» mientras la sala, cada media hora, se llena de humo y luces de colores.

Por suerte, en lo que sí ha mejorado ha sido la parte dedicada al *Research Center*. Con los años han creado dos enormes salas atestadas de libros y documentos que recogen el impacto mundial generado por el caso. Allí se conservan viejos ejempla-

res de las revistas *AÑO/CERO* y *Más Allá* en las que di a imprenta mis primeras impresiones del incidente. E incluso una placa en la que mi nombre se une a una larga lista de donantes de materiales sobre el tema. Todo un monumento a la nostalgia. Otro más. Para conjurar el dolor del paso del tiempo, Pinotti y yo hicimos algo más en Roswell que recordar pasadas glorias. Gracias al trabajo del equipo de *Otros Mundos* conseguimos los permisos necesarios para visitar el viejo hangar que un día recibió los restos del «platillo», y concertamos una cita allí con Don Schmitt, uno de los investigadores del incidente más activos que conozco. En 1991 ya quisimos reunirnos con él, pero nuestros cálculos de tiempo fallaron y llegamos tarde a nuestra cita.

Esta vez todo salió bien. En mitad del Hangar 84 –hoy se

ROSWELL SECRETO DE ESTADO



LOS SUCESIVOS ÉXITOS EDITORIALES DE JAVIER SIERRA HAN HECHO OLVIDAR A MUCHOS SU PRIMER LIBRO, DEDICADO AL CASO DEL OVNI ESTRELLADO EN ROSWELL.

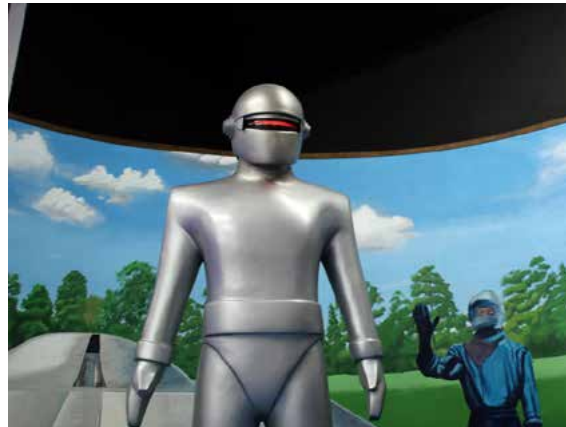
llama así– Schmitt nos explicó algunos de sus progresos. «Ahora que todos los testigos del caso Roswell han fallecido y el tema ya es Historia y no periodismo, queda por explorar la ‘vía arqueológica’ de este asunto», nos dice. «Sabemos exactamente dónde tuvo lugar el impacto del OVNI en las tierras de McBrazel. Es una pequeña ladera de un kilómetro cuadrado, en la que quedaron esparcidos miles de fragmentos metálicos. Hemos coordinado varias campañas arqueológicas para encontrar algún resto olvidado por los militares, pero queda todavía mucho terreno por explorar». Pinotti y yo sacudimos la cabeza, incrédulos. «¿Y en todos estos años nadie antes ha encontrado nada?». «Oh, sí», nos sonríe con un estudiado gesto de galán de cine. «Hasta 1985 los rancheros de la zona han recuperado pequeños fragmentos, pero los militares se los incautaron enseguida. El Ejército todavía monitoriza la zona y está pendiente de cualquier hallazgo». Y añade: «Es obvio que eso no lo harían por los restos de un globo espía de los años cuarenta, totalmente desfasado hoy».

CONFESIÓN EN EL LECHO DE MUERTE

Las horas que pasamos en el Hangar 84 nos hicieron rememorar varias veces nuestra antigua entrevista con el teniente Haut. Aquella en la que nos convenció de que algo «del espacio exterior» había caído en Nuevo México aunque él nunca lo vio. «¿Saben que Walter Haut dejó una declaración jurada ante notario, para que fuera dada a conocer solo después de su muerte, en la que cuenta lo que nunca se atrevió a decir a quienes lo entrevistaron?», nos interrogó Schmitt, como si nos hubiera leído la mente. Pinotti y yo nos miramos. Sí. Conocíamos aquel documento. Era parte de una nostalgia muy posterior a 1991. Y también estaba preñada de dolor. Esa declaración se dio a conocer en 2007, cinco años después de la muerte de Haut, y cuando lo hizo a través de re-

vistas especializadas americanas nos dejó perplejos. Fue la confirmación de que Haut, en 1991, nos mintió. O —para ser más precisos— no nos quiso contar la verdad. Su verdad.

En ese documento de tres folios, fechado en diciembre de 2002, Haut recuerda paso por paso lo que él vivió el 8 de julio de 1947 en la base aérea de Roswell. Según su escrito, aquella mañana, bien temprano, lo convocaron a una reunión con sus superiores en la que le mostraron algunos de los restos recogidos en el rancho de McBrazel. «Era muy diferente a cualquier material que había visto o vería en mi vida», admitió. Los oficiales responsables de la base discutieron sobre la conveniencia de dar publicidad al hallazgo y aseguró que fue el general Ramey quien propuso hacerlo para desviar la atención de otro descubrimiento que sus hombres habían hecho algo más al norte. Siguiendo sus instrucciones, Haut redactó el primer comunicado de prensa. Había



demasiados civiles al tanto de lo sucedido y había que neutralizar sus testimonios reconociendo que «algo» había ocurrido, pero «algo» que fuera fácil de neutralizar después. Lo que no esperaban —o al menos eso se deduce de sus palabras— es que semejante noticia terminaría llamando la atención de medio planeta.

PUNTO Y SEGUIDO

Pero, ¿cómo no hacerlo? ¿Acaso Roswell no estaba en ese momento en el centro mundial de la carrera armamentística? ¿No era allí donde estaba el escuadrón de B-29 que lanzó las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki dos años antes? ¿O donde los científicos del *Proyecto Manhattan* tomaban sus aviones para atender sus reuniones en Washington? Don Schmitt, en uno de los extremos del Hangar 84, nos desgarró todo aquello a Pinotti y a mí con una meticulosidad de forense. No ahorró detalles en su explicación. No dejó hilo sin encajar. En Roswell —concluyó— se estrelló algo de otro mundo. El viejo Haut lo dejó por escrito para que nadie dudara de su palabra, pero solo permitió que accediéramos a esas palabras después de muerto. Para que el Tío Sam no pusiera en duda su honor. Quizá también para que nadie pudiera preguntarle.

Y la nostalgia, esa maldita serpiente que me devora por dentro cada vez que evoco esta historia, vuelve a tomar el control de mis palabras. Ahora que Haut se ha ido, que Roswell se convierte en el circo mundial de los OVNI's cada mes de julio, y que la Fuerza Aérea no parece dispuesta a redactar nuevas excusas para uno de los misterios más grandes de la Historia de la Aeronáutica, he regresado de Roswell con ganas de retornar de nuevo. La razón me dice que allí ya no hay nada. El instinto, en cambio, dicta otra cosa. Allí, en mitad del desierto, se han quedado varados los sueños por descubrir la verdad del ufólogo que un día fui. No es poca cosa. Pero esa verdad íntima, claro, duele.

Walter Haut, teniente de la Base de Roswell, dejó una declaración jurada antes de su muerte, en la que **confesaba toda la verdad sobre el caso**

